

donde se han fraguado estos documentos funestos? ¿Ha sido en el gabinete del señor de Polignac, o bien en un consejo de ministros solos o reunidos a algunas buenas cabezas anticonstitucionales? ¿Han sido bajo los plomos, en alguna sesión secreta de los Diez, donde se han extendido las minutas de los decretos de julio, en virtud de los que se ha condenado a la monarquía legítima a ser estrangulada sobre el Puente de los suspiros? ¿La idea era solamente del señor de Polignac? Esto es lo que quizás no nos revelará nunca la historia.

Al llegar a Gisors supe la sublevación de París, y oí conversaciones alarmantes, que demostraban hasta qué extremo se quería la conservación de la Carta por los pueblos. En Pontoise se tenían noticias más recientes, pero confusas y contradictorias. En Herblay no encontré caballos de posta, y tuve que detenerme cerca de una hora. Allí me aconsejaron que no pasara por Saint-Denis, porque había barricadas. En Courbevoie el postillón se había despojado ya de su vestido con botones donde había grabadas flores de lis. Aquella misma mañana habían hecho fuego a un carruaje que aquel postillón conducía a París por la avenida de los Campos Elíseos. Por este motivo me dijo que no me llevaría por este sitio, y que iría a buscar, a la derecha de la barrera de la Estrella, la barrera del Trocadero. Desde esta última se descubre París, y pude distinguir flotante la bandera tricolor, juzgando que no se trataba ya de un motín, sino de una revolución. Entonces tuve el presentimiento de que mi papel iba a cambiar, y que, habiendo corrido a París para defender las libertades públicas, me vería obligado a defender el trono. Entre los grupos de casas se levantaban aquí y allí nubes de ceniciento humo. Oí algunos cañonazos y tiros de fusil que se mezclaban al confuso estrépito de las campanas. Me pareció que veía hundirse el viejo Louvre desde lo alto del desierto terraplén destinado por Bonaparte para la construcción del palacio del rey de Roma. Una ruina trae otra ruina. El sitio de observación ofrecía uno de esos consuelos filosóficos.

Mi carruaje bajó la cuesta. Atravesé el puente de Jena, y subí la avenida paralela al Campo de Marte. Todo estaba desierto. Delante de la verja de la Escuela militar encontré un piquete de caballería; los soldados tenían el aire tris-

te, y parecía como que estaban olvidados allí. Seguimos por el bulevar de los Inválidos y por el del Monte Parnaso. En la travesía hallé algunos pasajeros que miraban con sorpresa una silla de posta como en tiempos normales. El bulevar del Infierno estaba casi intransitable a causa de los árboles que se habían cortado y dejado en tierra.

Los vecinos de mi calle me vieron llegar con placer; les pareció que podía dispensar protección al barrio. La señora de Chateaubriand estaba a un tiempo muy contenta y muy alarmada por mi vuelta.

El jueves por la mañana, 29 de julio, escribí a la señora Recamier, a Dieppe, la siguiente carta, prolongada por una posdata:

«Jueves por la mañana, 29 de julio de 1830.

»Le escribo a usted sin saber si mi carta llegará a sus manos, porque no salen ya los correos.

»He entrado en París, en medio de los cañonazos, de las descargas de fusilería y del estruendo de las campanas. Estas suenan todavía esta mañana; pero no oigo tiros de fusil; parece que la resistencia se organiza, y que continuará hasta que se retiren las ordenanzas. Este es el resultado inmediato (sin hablar del resultado definitivo) del perjurio de que los ministros han hecho culpable, en apariencia al menos, a la corona.

»La guardia nacional y la Escuela politecnica se han unido a la insurrección. No he visto aún a nadie. Juzgue en qué estado habré encontrado a mi esposa. Un regimiento, el 5.º de línea, se ha declarado ya en favor de la Carta. El señor de Polignac es, ciertamente, bastante culpable; su incapacidad no basta a excusarle; la ambición del que no tiene talento es un crimen. Se dice que la corte se halla en Saint-Cloud dispuesta a partir.

»Nada le digo de mí; mi posición es penosa, pero clara. No haré traición al rey ni a la Carta, al poder legítimo ni a la libertad. No tengo, pues, nada que decir ni que hacer, sino esperar y llorar la suerte de mi patria. Sólo Dios sabe lo que va a suceder ahora en las provincias. Se habla ya de la insurrección de Ruán. Por otra parte, la congregación armará los chuanes y sublevará la Vendée. ¡En cuán débiles bases descansa la suerte de los reinos! Una ordenanza y seis ministros sin genio o sin virtud bas-

tan para hacer de la nación más tranquila y más floreciente el país más desgraciado y de más agitaciones.»

«A las doce.

»El fuego comienza de nuevo. Parece que se ataca el Louvre, en el cual se han atrincherado las tropas del rey. El arrabal donde habito comienza a insurreccionarse. Se habla de un gobierno provisional, cuyos jefes serían el general Gerard, el duque de Choiseul y el señor de La Fayette.

»Es probable que esta carta no llegue a salir, por estar declarada la ciudad en estado de sitio. El mariscal Marmont manda en nombre del rey. Se dice que ha sido muerto; pero no lo creo. Procure no inquietarse demasiado. Dios la proteja. Pronto nos volveremos a ver.»

REVOLUCIÓN DE JULIO

Jornada del día 26.

Las ordenanzas, fechadas el 25 de julio, fueron insertadas en el *Monitor*, del 26. El secreto de estas medidas se guardó tan profundamente, que no tenían conocimiento de ellas ni el mariscal duque de Ragusa, mayor general de la guardia de servicio, ni el señor Mangin, prefecto de policía. El prefecto del Sena no conoció estas ordenanzas hasta que las vió en *El Monitor*, y lo mismo sucedió al subsecretario del ministerio de la Guerra, a pesar de que estos diversos jefes eran los que disponían de las diferentes fuerzas armadas. El príncipe de Polignac, encargado interinamente de la cartera del señor Bourmont, se hallaba tan distante de ocuparse en las ordenanzas, que pasó la mayor parte del día 26 presidiendo una subasta en el ministerio de la Guerra.

El rey salió para una partida de caza el 26, antes de que *El Monitor* hubiera llegado a Saint-Cloud, y no volvió de Rambouillet hasta después de las doce de la noche.

Al fin, el duque de Ragusa recibió este billete del señor de Polignac:

«V. E. tiene ya conocimiento de las medidas extraordinarias que S. M., en su sabiduría y en sus sentimientos de amor a sus pueblos, ha creído necesario adoptar para la conservación de los derechos de su corona y del orden público.

En tan importantes circunstancias, el rey cuenta con vuestro celo para asegurar el orden y la tranquilidad en todo el distrito de vuestro mando.»

Esta audacia de los hombres más débiles que existieron jamás contra la fuerza que iba a arrollar un imperio, no se explica sino por una especie de alucinación, resultado de los consejos de una miserable camarilla que desapareció en los instantes de peligro. Los redactores de los diarios políticos, después de haber consultado a los señores Dupin, Odilon Barrot, Barthe y Merilhou, acordaron publicarlos sin autorización, a fin de hacerlos recoger y denunciar, y sostener en la defensa la ilegalidad de las ordenanzas.

Al anocheecer se reunieron algunos diputados en casa del señor Laborde. Allí convinieron en volverse a reunir al día siguiente en casa del señor Casimiro Perrier. En aquella reunión apareció por primera vez uno de los tres que debían ocupar la escena: la monarquía estaba en la Cámara de los Diputados, la usurpación en el palacio real, y la república en el hotel de Ville. Por la tarde se formaron grupos en el palacio real, y se arrojaron piedras al carruaje del señor de Polignac. El rey, a quien el duque de Ragusa vió en Saint-Cloud, después de su vuelta de Rambouillet, preguntó a éste noticias de París. «El papel ha bajado.» «¿Cuánto?», preguntó el Delfín. «Tres francos», contestó el mariscal. «Ya subirá», replicó el Delfín, y cada uno se fué por su lado.

Jornada del día 27.

La jornada de este día comienza mal. El rey entrega el mando de París al duque de Ragusa. Esto es buscar apoyo en la mala suerte. A la una, el mariscal va a instalarse en el estado mayor de la guardia, plaza del Carroussel. El señor Mangin ordena que se apoderen de la imprenta de *El Nacional*, resistiéndose el señor Carrel. Los señores Mignet y Thiers, creyendo perdida la partida, desaparecieron por espacio de dos días. El señor Thiers se ocultó en el valle de Montmorency, en casa de la señora Courchamp, parienta de los hermanos Bécquet, de los cuales uno ha escrito en *El Nacional* y el otro en el *Diario de los Debates*.

En *El Tiempo* la cosa tomó un aspecto más serio. El verdadero héroe de los

periodistas es, indudablemente, el señor Coste.

En 1823 el señor Coste dirigía *Les tablettes historiques*; acusado por sus colaboradores de haber vendido este diario, tuvo un desafío y recibió una estocada. El señor Coste me fué presentado en el ministerio de Estado; hablando con él de la libertad de imprenta, le dije: «Ya sabe, señor, cuánto quiero y respeto esta libertad; pero, ¿cómo quiere que la defienda delante de Luis XVIII cuando todos los días ataca usted el trono y la religión? En su propio interés, y a fin de que yo pueda conservar toda mi fuerza de razón, le ruego que no acabe de zapar unas murallas que, en su mayor parte, están ya destruidas, y que, en verdad, un hombre de valor no debiera atacar. Hagamos un trato. No la emprenda con algunos débiles viejos, a quienes el trono y el santuario apenas protegen; en cambio entrego mi persona a su censura. Atáqueme por la mañana y por la tarde; diga de mí cuanto guste; agradeceré su ataque legítimo y constitucional contra el ministro, con tal que deje usted a un lado la persona del rey.»

Desde aquella entrevista, el señor Coste ha conservado hacia mí un recuerdo de estimación.

El procurador del rey en París expidió cuarenta y cuatro mandamientos de citación contra los firmantes de la protesta de los periódicos.

A eso de las dos de la tarde, la fracción monárquica de la revolución se reunió en casa del señor Perier, conforme a lo convenido el día anterior; pero no se adoptó resolución alguna definitiva. Los diputados se citaron de nuevo para el día siguiente, 28, en casa del señor Audry de Puyravault. El señor Casimiro Perier, hombre de orden, que no quería caer entre las manos del pueblo y que no dejaba de alimentar aún las esperanzas de un arreglo con la legitimidad, se apresuró a decir al señor de Schopen: «Saliéndose ustedes de la legalidad, no perderán, nos hace dejar una posición magnífica.» Este espíritu de legalidad dominaba en todas partes, reinando en dos reuniones opuestas; en casa del señor Cadet-Gassicourt tanto como en casa del general Gourgaud. El señor Perier pertenecía a esa clase ciudadana que ha llegado a ser heredera del pueblo y del soldado. Tenía valor y firmeza de ideas; se lanzó audazmente en medio del torrente revolucionario para contenerlo; pero

su salud y su fortuna le preocupaban demasiado. «¿Qué quiere usted hacer de un hombre — me decía el señor Decazes —, que siempre se está mirando la lengua en un espejo?»

La muchedumbre se aumentaba y empezaba a comparecer armada; el oficial de la gendarmería fué a advertir al mariscal de Ragusa que no tenía bastante fuerza para resistir, y que temía ser atacado; entonces el mariscal tomó sus disposiciones militares.

Hasta las cuatro y media de la tarde no se recibió en los cuarteles el orden de tomar las armas. La gendarmería de París, apoyada por algunos destacamentos de la guardia, trató de restablecer la circulación en las calles de Richelieu y San Honorato. Uno de estos destacamentos fué atacado en la calle del Duque de Burdeos por una nube de piedras. El jefe de las fuerzas evitaba tirar, cuando un tiro salido del *Hotel Real*, calle de las Pirámides, decidió la cuestión. Un tal señor Folks, que habitaba aquel edificio, se había armado con una escopeta de caza, haciendo fuego sobre la guardia desde su ventana. Los soldados contestaron con una descarga, y el señor Folks y dos de sus criados cayeron muertos.

Así esos ingleses que viven seguros en su isla van a llevar las revoluciones a casa de los demás; en las cuatro partes del mundo los encontraréis mezclados en querellas ajenas, con tal de vender una pieza de indiana, nada les importa suministrar a una nación en toda especie de calamidades. ¿Qué derecho tenía el señor Folks para hacer fuego a los soldados franceses? ¿Era la constitución de la Gran Bretaña la que había infringido Carlos X? Si alguna cosa pudiese deshonrar los combates de julio, sería por haber sido empeñados por la bala de un inglés.

Estos combates, que apenas habían comenzado a las cinco de la tarde del 27, cesaron con el día. Los armeros cedieron sus armas a la multitud, los reverberos fueron rotos o quedaron apagados, y la bandera tricolor se izó durante la noche en lo alto de la torre de Nuestra Señora. La invasión de los cuerpos de guardia, la toma del arsenal y de los depósitos de pólvora, el desarme de los fusileros sedentarios, todo esto fué ejecutado sin oposición en la madrugada del 28, y a las ocho todo había acabado.

El señor de Polignac se dirigió a Saint-Cloud, e hizo firmar a Carlos X, a las cinco de la mañana del 28, una orde-

nanza declarando a París en estado de sitio.

Jornada militar del día 28.

El 28 se volvieron a formar grupos más numerosos, y, al grito de ¡viva la Carta!, que resonaba aún, se mezclaban ya los gritos de ¡viva la libertad! ¡abajo los Borbones!—También gritaban: ¡viva el emperador! ¡viva el príncipe negro! Misterioso príncipe de las tinieblas, que se aparece a la imaginación popular en todos las revoluciones.

El mariscal de Ragusa escribió al rey que era urgente tomar medidas de pacificación, y que al día siguiente, 29, sería demasiado tarde. Un enviado del prefecto de policía había ido a preguntar al mariscal si era verdad que París se hallaba declarado en estado de sitio: el mariscal, que no estaba enterado, se quedó admirado, y se dirigió apresuradamente a casa del presidente del consejo, donde encontró a los ministros reunidos, y el señor de Polignac le entregó la ordenanza del rey. Porque el hombre que había abatido el mundo a sus pies declaró a ciudades y provincias enteras en estado de sitio, Carlos X creyó poder imitarle. Los ministros dijeron al mariscal que iban a establecerse en el estado mayor de la guardia.

No habiendo llegado ninguna orden de Saint-Cloud, a las nueve de la mañana del 28, y cuando ya no era tiempo de conservar, sino de recobrarlo todo, el mariscal hizo salir de los cuarteles las tropas, que, en parte, se habían ostentado el día anterior. No se había tomado ninguna precaución para hacer llegar víveres al cuartel general del Carroussel. Había algunos en el barrio; pero se descuidó hacerlos conservar, y fueron arrebatados por los insurrectos. El duque de Ragusa, hombre de talento y de mérito, militar valiente y sabio, pero general desgraciado, probó por la milésima vez que un genio militar no basta para contener las revueltas civiles. Cualquiera oficial de policía habría sabido mejor que el mariscal lo que debía hacer en este caso. Quizá también sus recuerdos paralizaron su inteligencia, y quedó como ahogado bajo el peso de la fatalidad de su nombre.

El mariscal, que sólo disponía de un puñado de hombres, concibió un plan, para cuya ejecución habría necesitado treinta mil soldados. Hizo establecer co-

lumnas muy distantes entre sí, mientras que otra se apoderaba del Hotel de Ville. Las tropas, después de haber concluido su movimiento haciendo restablecer el orden en todas partes, debían converger hacia la casa municipal. El Carroussel seguía siendo el cuartel general, de donde salían las órdenes y a donde debían dirigirse todos los partes. Un batallón de suizos, situado en el mercado de los Inocentes, era el encargado de mantener la comunicación entre las fuerzas del centro y las que circulaban en la circunferencia. Los soldados del cuartel Popincourt se hallaban dispuestos en diferentes destacamentos para acudir a los puntos donde fueran necesarios. El general Latour-Maubourg estaba situado en los Inválidos. Al ver el negocio comprometido, propuso recibir los regimientos en el edificio de Luis XIV, donde aseguraba que podía mantenerlos y desafiar a los parisienses a que penetraran en él. Este valiente y experto general no había dejado impunemente sus miembros sobre los campos de batalla del Imperio, y los reductos de Borodino sabían que cumplía sus ofrecimientos. Pero, ¿qué importaba la experiencia y el valor de un soldado mutilado? Sus consejos no fueron escuchados.

La primera columna de la guardia, mandada por el conde de Saint-Chamans, partió de la Magdalena para recorrer los bulevares hasta la Bastilla. A los primeros pasos fué atacado un pelotón que mandaba el señor Sala: el oficial rechazó pronto y fuertemente el ataque. A medida que iban avanzando, los puestos de comunicación establecidos en el tránsito eran cortados por el pueblo y separados los unos de los otros por barricadas o por árboles derribados. En las puertas de Saint-Denis y de Saint-Martin hubo un encuentro sangriento. Al pasar el señor de Saint-Chamans por el teatro de las hazañas futuras de Fieschi, halló junto a la plaza de la Bastilla grupos numerosos de mujeres y hombres. Les invitó a dispersarse, distribuyéndoles algún dinero; pero no cesaron de disparar sobre la columna desde las casas inmediatas. Se vió, pues, obligado a renunciar a volver al Hôtel de Ville por la calle de San Antonio, y después de haber atravesado el puente de Austerlitz, ganó el Carroussel por los bulevares del Sud. Turena ante la Bastilla, no demolida aún, fué más feliz en favor de la madre de Luis XIV, niño todavía.

La columna encargada de ocupar el Hôtel de Ville siguió los malecones de las Tullerías, del Louvre y de la Escuela; pasó la mitad del puente Nuevo; tomó el muelle del Reloj, el Mercado de las Flores, dirigiéndose a la plaza de Grève por el puente de Nuestra Señora. Dos pelotones de la guardia siguieron hasta el nuevo puente colgante. Un batallón del 15 ligero apoyaba a la guardia y debía dejar dos pelotones en el Mercado de las Flores.

Al paso del Sena, en el puente de Nuestra Señora, se llegó a las manos con la fuerza insurrecta. El pueblo, con un tambor a la cabeza, se aproximó audazmente a la guardia. El oficial que mandaba la artillería real hizo observar a la masa popular que se exponía en vano, y que no teniendo ella cañones, sería ametrallada sin ninguna probabilidad de éxito. El pueblo se obstinó, y la artillería hizo fuego. Los soldados inundaron los muelles y la plaza de Grève, donde desembocaban por el puente de Arcole otros dos pelotones de la guardia, que se vieron obligados a forzar a algunos grupos de estudiantes del arrabal Saint-Jacques. El Hôtel de Ville fué ocupado por el ejército.

A la entrada de la calle del Mouton habían levantado una barricada; una brigada de suizos la tomó, y, agolpándose el pueblo por las calles adyacentes, volvió a recobrarla, con grandes gritos. La barricada quedó finalmente por la guardia.

En todos estos cuarteles pobres y numerosos se combatió de repente y sin preparativos de ninguna clase: el aturdimiento francés, burlón, indiferente, intrépido, se había apoderado de todo. La gloria tiene para nuestro país la ligereza del vino de Champagne. Las mujeres, desde las ventanas, animaban a los hombres en las calles; algunos billetes prometían el bastón de mariscal al primer coronel que se pasara al pueblo, y los grupos marchaban al son del violín. Escenas trágicas y bufas, espectáculos de titiriteros y de triunfo, donde se oían carcajadas y juramentos en medio de los tiros, del sordo rumor de la multitud, y al través de nubes de espeso humo. Carreteros improvisados, con los pies descalzos, con gorras de cuartel en la cabeza, provistos de un salvoconducto de jefes desconocidos, conducían convoyes de heridos por entre los combatientes, quienes se separaban para dejarles paso.

En los barrios ricos reinaba otro espíritu. Los guardias nacionales, después de recobrar los uniformes de que se les había despojado, se reunían en gran número en la alcaldía del primer distrito para conservar el orden. En los combates, la guardia sufría más que el pueblo, porque estaba expuesta al fuego de enemigos invisibles, encerrados en las casas. No seré yo quien nombre a los valientes de salón, que, al reconocer a los oficiales de la guardia, se entretenían en apuntarles y derribarles a tierra a tiros, seguros detrás de una ventana o de una chimenea. En la calle, la animosidad no iba más allá del combate; los heridos eran socorridos por una y otra parte. El pueblo salvó muchas víctimas. Dos oficiales, señores de Goyon y de Rivaux, después de una defensa heroica, debieron la vida a la nobleza de los vencedores. Un capitán de la guardia, Kaumann, recibió un golpe en la cabeza, y aunque aturrido, con los ojos sangrientos, levantó con su espada la punta de los fusiles de sus soldados, que apuntaban al obrero autor del desmán.

En la guardia había muchos granaderos de Napoleón. Muchos oficiales perdieron la vida en la refriega: entre otros el teniente Noiro, que en 1814 recibió de manos del príncipe Eugenio la cruz de la Legión de Honor, por un hecho de armas ejecutado en uno de los reductos de Caldiera. El coronel de Pleinselve, herido mortalmente en la puerta de San Martín, había estado, durante las guerras del Imperio en Holanda, en España, en el gran ejército y en la guardia imperial. En la batalla de Leipzig hizo prisionero por su propia mano al general austriaco Merfeld. Llevado por sus soldados al hospital del Gros-Caillon, no quiso que se le curara hasta después del último de los heridos de julio. El doctor Larrey, que lo encontró sobre otros campos de batalla, le hizo la amputación; pero era demasiado tarde para salvarle. ¡Afortunados los nobles adversarios que habían visto pasar tantas balas sobre sus cabezas, que no sucumbieron por la bala de algunos de los presidiarios libertados, que la justicia encontró después de la victoria en las filas de los vencedores! Estos presidiarios no han podido denigrar el triunfo nacional republicano; no han perjudicado más que al reinado de Luis Felipe. Así perecieron obscuramente en las calles de París los restos de aquellos soldados famosos que respetó el

cañón de la Moscova, de Lutzen y de Leipzig. Bajo Carlos X matamos en una refriega civil a los valientes que, bajo Bonaparte, habíamos admirado en tantos campos de batalla. No faltaba más que un hombre: este hombre había desaparecido en Santa Elena.

Al anochecer, un sargento disfrazado llevó a las tropas del Hôtel de Ville la orden de replegarse sobre las Tullerías. La retirada era peligrosa, a causa de los heridos, que no se quería abandonar, y de la artillería, que difícilmente podría atravesar las barricadas. No obstante, se ejecutó sin accidente alguno. Cuando las tropas de los diferentes cuarteles de París llegaron al palacio, creían que el rey y el Delfín estarían en él; pero, al ver que no ondeaba la bandera blanca sobre el pabellón del Reloj, dejaron oír su enérgico lenguaje de los campamentos.

No es cierto, como se ha dicho, que el Hôtel de Ville fuera tomado por la guardia contra el pueblo, ni recobrado por éste contra aquélla. Cuando la guardia penetró en él no halló resistencia alguna, porque no había allí nadie, y hasta el prefecto mismo se había marchado. Semejantes jactancias, debilitan y hacen poner en duda la verdad de peligros reales. La guardia fué mal empeñada en calles tortuosas; la línea, por su casi neutralidad primero, y por su deserción en seguida, acabó de completar el mal que disposiciones muy buenas en teoría, pero irrealizables en la práctica, habían comenzado. El 50 de línea había llegado al Hôtel de Ville durante el combate; rendido de fatiga, se le hizo retirar al interior del edificio, e inútilmente prestó a sus camaradas, sin municiones, sus paquetes enteros de cartuchos.

El batallón suizo que se quedó estacionado en el mercado de los Inocentes se reunió a otro batallón suizo, y ambos fueron a desembocar al muelle de la Escuela y a estacionarse en el Louvre.

Por otra parte, las barricadas son atrincheramientos peculiares al genio parisiense; las ha habido en todas nuestras revueltas civiles, desde Carlos V hasta nuestros días.

«El pueblo — dice L'Estoile —, al ver dispuestas estas fuerzas por las calles empezó a conmovirse, y se formaron barricadas de la manera que todos conocen: muchos suizos fueron muertos y enterrados en una fosa de Nuestra Señora. Al pasar por las calles el duque de Guisa,

se gritaba en voz muy alta: ¡viva Guisa! , y él, bajando su sombrero, les dijo: Amigos míos, basta; señores, es demasiado; gritad ¡viva el rey!»

¿Por qué nuestras últimas barricadas, cuyo resultado ha sido tan poderoso, ganan tan poco al ser referidas, mientras que es tan interesante la lectura de las barricadas de 1588, que tan poco éxito tuvieron? Consiste en la diferencia de los siglos y de los personajes. El siglo XVI lo llevaba todo delante de sí; el siglo XIX lo ha dejado todo detrás. El señor de Puyravault no es tampoco el Acuchillado.

Jornada civil del día 28.

Interin estos combates, la revolución civil y política seguía paralelamente a la revolución militar. Los soldados detenidos en la Abadía habían sido puestos en libertad; los encerrados por deudas en Santa Pelagia, se escaparon, y a los condenados por delitos políticos se les echó a la calle. Una revolución es un jubileo: ella absuelve todos los crímenes, permitiéndose los mayores.

Los ministros celebraron consejo en el estado mayor, resolviendo hacer arrestar, como jefes del movimiento, a los señores Laffitte, La Fayette, Gerard, Marchais, Salverte y Audry de Puyravault. El mariscal dió las órdenes para verificar estos arrestos; pero, cuando más tarde se le presentaron en representación del pueblo, creyó que su honor no le permitía ejecutar dicha orden.

En casa del señor Guizot se había celebrado una reunión del partido monárquico, compuesta de pares y de diputados; el duque de Broglie asistió, como también los señores Thiers y Mignet, que habían parecido, y el señor Carrel, aunque estos últimos profesaban otras ideas. En ella fué donde el partido de la usurpación pronunció por primera vez el nombre del duque de Orleans. Los señores Thiers y Mignet fueron a casa del general Sebastiani a hablarle del príncipe. El general contestó de una manera evasiva, asegurando que el duque de Orleans no le había hablado jamás de semejantes designios ni le autorizó para nada.

Hacia el mediodía del mismo 28 se celebró en casa del señor Audry de Puyravault la reunión general de diputados. El señor de La Fayette, jefe del partido republicano, había regresado a París el 27.

El señor Laffitte, jefe del partido orleanista, no llegó hasta la noche del 27 al 28. Inmediatamente después de su llegada, se dirigió al palacio real, donde no encontró a nadie; envió un recado a Neuilly, y tampoco estaba allí el rey en embrión.

En casa del señor de Puyravault discutieron el proyecto de una protesta contra las ordenanzas. Esta protesta, más que moderada, dejaba intactas las grandes cuestiones.

El señor Casimiro Perier propuso que se enviara una comisión al duque de Ragusa, y mientras que los cinco diputados nombrados para desempeñarla se disponían a partir, el señor Arago estaba en casa del mariscal, pues en vista de un billete de la señora de Boigne, se había decidido a adelantarse a los comisionados. El señor Arago hizo presente al mariscal la necesidad de poner un término a las desgracias de la capital. El señor de Ragusa fué a pedir instrucciones al señor de Polignac, quien, sabedor de la vacilación de las tropas, declaró que, si se pasaban al pueblo, se les haría fuego como a los insurrectos. El general Tromelin, que presenció estas conferencias, se manifestó furioso contra el general Ambrugeac. En esto llegó la diputación. El señor Laffitte tomó la palabra: «Venimos a pedir — dijo — que hagáis cesar la efusión de sangre. Si el combate se prolongara, no sólo produciría las más crueles calamidades, sino una verdadera revolución.» El mariscal se aferró a una cuestión de honor militar, sosteniendo que el pueblo debía ser el primero que dejase de hacer fuego; sin embargo, añadió esta posdata a una carta que escribió al rey: «Creo que es urgente que V. M. se aproveche sin vacilar de las proposiciones que se le hacen.»

La carta fué entregada al rey en su gabinete de Saint-Cloud por el coronel Kómierowski, ayudante de campo del duque de Ragusa, y el monarca contestó: «Ya la leeré.» El coronel se retiró, y esperó las órdenes del rey; mas, viendo que tardaban, rogó al duque de Duras que fuera a pedirselas a S. M. El duque respondió que las leyes de la etiqueta le prohibían entrar en el gabinete. Llamado, al fin, el señor Kómierowski por el soberano, recibió encargo de prevenir al general que se *mantuviese firme*.

El general Vincent corrió por su parte a Saint-Cloud, y, habiendo forzado la puerta que se negaban a abrirle, dijo al

monarca que todo estaba perdido: «Querido general — respondió Carlos X —, es usted un buen militar, pero no entiende nada de esta clase de asuntos.»

CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DE JULIO. — EL SEÑOR BAUDE. — SEÑORES DE CHOISEUL, DE SEMONVILLE, DE VITROLLES, DE LAFFITTE Y THIERS. — ESCRIBO AL REY A SAINT-CLOUD. — SU RESPUESTA VERBAL. — CORPORACIONES ARISTOCRÁTICAS. — SAQUEO DE LA CASA DE MISIONEROS. — CÁMARA DE LOS DIPUTADOS. — EL SEÑOR DE MORTEMART.

Jornada militar del día 29.

El 29 vió aumentarse el número de combatientes. Los alumnos de la Escuela politecnica, en correspondencia con uno de sus antiguos camaradas, el señor Charras, forzaron la consigna y enviaron a cuatro de ellos, señores Lothon, Berthelin, Pinsonnière y Tourneux, a ofrecer sus servicios a los señores Laffitte, Perier y La Fayette. Estos jóvenes, distinguidos por sus estudios, se habían dado ya a conocer a los aliados cuando en 1814 se presentaron delante de París. Durante los tres días se hicieron jefes del pueblo, quien los puso a su cabeza. Los unos se encaminaron entonces a la plaza del Odeón, los otros al palacio real y a las Tullerías.

La orden del día publicada por la mañana ofendió a la guardia; en ella se anunciaba que el monarca, queriendo manifestar su satisfacción a sus valientes servidores, les concedía mes y medio de paga; anuncio cuya inconveniencia molestó al soldado francés, porque equivalía a equipararlos con los ingleses, que no marchan al combate, o se insurreccionan, si no han percibido su paga.

En la noche del 28 al 29 el pueblo desempedró las calles, y, al amanecer, había en París cuatro mil barricadas construidas de veinte en veinte pasos.

El palacio Borbón estaba guardado por tropa de línea; el Louvre, por dos batallones suizos; la calle de la Paz, la plaza Vendôme y la calle Castiglione, por el 5.º y el 53 de línea. De Saint-Denis, de Versailles y de Rueil habían llegado unos mil doscientos infantes, sobre poco más o menos.

La posición militar era mejor que el día antes: las tropas estaban más concentradas, y era necesario atravesar gran-

des espacios descubiertos para llegar hasta ellas. El general Exelmans, que juzgó acertadas estas disposiciones, fué a las once a poner su valor y su experiencia a las órdenes del mariscal de Ragusa, mientras que el general Pajol se presentaba a los diputados para tomar el mando de la guardia nacional.

Los ministros tuvieron la idea de llamar a la corte a las Tullerías. ¡Tan mal comprendían las circunstancias! El mariscal instaba al presidente del consejo para que retirara las ordenanzas. Durante esta conferencia preguntaron por el señor de Polignac; sale de la habitación, y vuelve a entrar en ella con el señor Berthier, hijo de la primera víctima sacrificada en 1789. El señor Berthier había recorrido París, y afirmó que todo iba muy bien para la causa real. Estas razas, que tienen derecho a la venganza, arrojadas a la tumba en nuestras primeras turbulencias, y evocadas por nuestras últimas desgracias, son una fatalidad. Tales desgracias no eran nuevas; París estaba acostumbrado, desde 1793, a ver pasar los sucesos y los reyes.

Mientras que, según los informes de los realistas, todo marchaba tan bien, se anuncia la deserción del 5.º y del 53 de línea, que fraternizaban con el pueblo.

El duque de Ragusa hizo proponer una suspensión de hostilidades; en algunos sitios tuvo lugar, en efecto; pero en otros no fué ejecutada. El mariscal había hecho llamar a uno de los dos batallones suizos estacionados en el Louvre, y se le envió el que guardaba la columnata. Al verla desierta, los parisienses se aproximaron a los muros, y entraron por las puertas falsas que conducen del jardín de la Infanta al interior; desde las ventanas hicieron fuego sobre el otro batallón situado en el patio. Bajo la impresión del terror que les causara el recuerdo del 10 de agosto, se lanzaron fuera del palacio, yendo a reunirse con su tercer batallón, que se hallaba frente a los puestos del pueblo donde se observaba la suspensión de hostilidades. El pueblo, que, desde el Louvre, se había hecho dueño de la galería del Museo, empezó a hacer fuego, en medio de las obras maestras de las artes, contra los lanceros alineados en el Carrousel. Excitados por este ejemplo, los insurrectos rompieron el armisticio. Precipitándose bajo el Arco de Triunfo, los suizos impelen a los lanceros hacia el pórtico del pabellón del Reloj, desembocando en tropel en el jar-

dín de las Tullerías. El joven Farcy fué herido mortalmente en esta calaverada; su nombre está inscrito al lado del café donde cayó exánime. Hoy existe una fábrica de azúcar de remolacha en las Termópilas. Los suizos tuvieron tres o cuatro heridos y muertos, y este pequeño número se ha convertido en una horrible carnicería.

El pueblo entró en las Tullerías con los señores Thomas, Bastide y Guinard, por el postigo del Puente Real. En el pabellón del Reloj se enarboló una bandera tricolor, como en tiempo de Bonaparte, aparentemente en memoria de la libertad. Destrozaron los muebles; los cuadros fueron rotos a sablazos; en los armarios se halló el diario de las cazas del rey y de los buenos tiros disparados contra las perdices: antigua costumbre de los monteros de las monarquías. En el gran salón colocaron un cadáver sobre el trono vacío; esto sería terrible si los franceses no representaran continuamente el drama. El museo de artillería en Santo Tomás de Aquino fué saqueado, y las corrientes del río arrastraron los siglos con el casco de Godofredo de Bouillon y la lanza de Francisco I.

El duque de Ragusa abandonó entonces el cuartel general, dejando en él ciento veinte mil francos en talegas. Salió por la calle de Rivoli y volvió a entrar en el jardín de las Tullerías. También dió orden a las tropas para que se retiraran, primero a los Campos Elíseos, avanzando después hasta el arco de la Estrella. Se creyó generalmente que la paz estaba ajustada y que llegaba el Delfín; se vieron algunos carruajes y furgones de las caballerizas reales atravesar la plaza de Luis XV: eran los ministros que se marchaban después de sus buenas obras.

Jornada civil del día 29.

El señor duque de Mortemart llegó a Saint-Cloud el miércoles 28 a las diez de la noche, para desempeñar su servicio como capitán de cien suizos; pero hasta el día siguiente no pudo hablar con el monarca. A las once de la mañana del 29 hizo algunas tentativas para que el rey retirara las ordenanzas, a las que éste respondió: «Yo no quiero subir en carreta como mi hermano; no quiero, por lo tanto, retroceder ni un paso.» Algunos minutos después debía retroceder toda la extensión de un reino.